De la muerte del cabello

Por Carlos Alberto Velasco Martínez



Ilustraciones: Alejandra Valdés

Entre las conversaciones que uno oye –no por chismoso, sino porque no es posible cerrar los oídos o escuchar para otro lado– una señora le decía a su hija que el cabello está muerto. No hizo falta mayor explicación. De un solo tajo, aquella señora había asesinado al cabello y la curiosidad de la niña.

Consternado con tal afirmación llevé mi mano a la cabeza. La pasé por un costado hasta alcanzar la zona más alta. Repetí la acción unos segundos después de estar pensando sobre el asunto, procurando hacerlo con mayor detenimiento. Llegada mi resolución, no pude más que estar de acuerdo con la señora: efectivamente, el cabello está muerto.

Al pasar la palma por el cabello sentí el roce, aunque dudé desde donde provenía la sensación. Comencé a distinguir que aquella impresión –la de sentir mi cabello– no se originaba precisamente ahí, sino de la interacción entre el cuero cabelludo y las yemas de mis dedos. Fue lógico pensar que el cabello no siente y por tanto no duele al cortarlo.

Si la piel se presenta como un límite inmediato de nosotros, y puesto que el cabello queda fuera de éste, ¿a quién le pertenece esa parte?, ¿a nuestro cuerpo por el sencillo hecho de brotar de él?

En la jerga especializada existe un término que sirve para caracterizar a este y otro tipo de cuerpos externos: el *cuerpo social*, que refiere a un lugar más allá de lo cárnico: un cuerpo que se mueve entre lo público y lo privado y con el que se establecen lazos interpersonales. En suma, el cabello une, es ligadura entre otros y nosotros.

No es necesario pensar en estereotipos o afiliaciones ideológicas del tipo rastas, *mohawk*'s, o el hoy tan solicitado *pompadour*. El asunto radica en aspectos más básicos, como en los artificios esotéricos, en los que un mechón puede producir el mal en su antiguo portador (el cabello como artilugio). Es una verdadera conexión sinecdóquica –el cabello actúa como la totalidad de un cuerpo–, por lo que no deja de ser una parte curiosa, una revelación de la fibrosa línea entre el interior y el exterior.

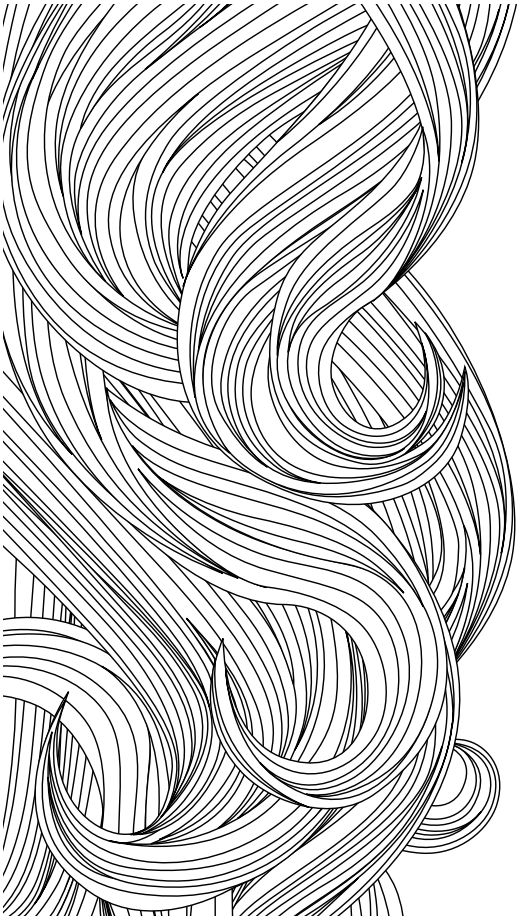
Desde esta perspectiva, es posible comprender la razón de por qué el cabello cumple una función accesoria, pues se le puede dar forma, hace las veces de objeto estético; no en vano la mayoría de los salones se han autodenominado "estéticas". Aunque claro, no hay que confundirse, existe arte con cabello y el "arte del cabello".

No obstante, prevalece una relación más profunda, una que radica más allá de la apariencia: el tiempo. El cabello es visto como reloj biológico inmediato, como expresión del tiempo circulando en nuestro cuerpo o tiempo consumido.

Al igual que el arte, el cabello nos introduce a la complejidad de la experiencia temporal, es capaz de traer el pasado a nuestra actualidad. Quién no se ha visto sometido a los clásicos comentarios de "ese corte te favorece", o "te has quitado unos años de encima". En tanto que enunciación de la muerte, el cabello pesa. Tarde o temprano, el cabello apunta para una sola dirección: el suelo. No sólo se trata de la gravedad actuando sobre un cuerpo físico y que, por esa razón, el cabello cae. Se suele decir: "ese cuerpo quiere tierra".

Ante tan penosa situación, se han inventado cientos de artimañas: peinar el copete con gel, la asistencia de un tubo, las tristísimas bases, las luces por capas o mechas, intentos por ocultar la muerte, como si, ingenuamente, nos resistiéramos ante lo inevitable.

Pero si después de todo este rodeo, hay quien, escéptico de esta explicación, se proponga objetar que se trata de una falacia, que mi abordaje carece de precisión y que las palabras son empleadas con vaguedad, a esas personas ya no les tendría que demostrar que el cabello está muerto, sino que en algún tiempo estuvo vivo. Pienso, tal vez, en tiempos antiguos, en los que el cabello se comunicaba con nosotros, alertándonos de melenudas situaciones, relatándonos historias descabelladas o contándonos casposas moralejas.



EL CABELLO NOS INTRODUCE A LA COMPLEJIDAD DE LA EXPERIENCIA TEMPORAL, ES CAPAZ DE TRAER EL PASADO A NUESTRA ACTUALIDAD



Carlos Alberto Velasco Martínez es licenciado en Artes Visuales por la Universidad Veracruzana y maestro en Estudios Visuales por la UAEM. Trabaja como docente de artes visuales y expone su obra en algunas entidades del país, además escribe ensayos creativos.